

*Un año sin domingos*

A YEAR WITHOUT SUNDAYS

LA IMAGEN DE LA ALFABETIZACIÓN EN CUBA · IMAGES FROM THE LITERACY CAMPAIGN IN CUBA

**AURELIA**  
ediciones

THE LITERACY PROJECT

# AL LECTOR

## TO THE READER

Hay momentos en que la historia y el tiempo se condensan. Así fue 1961, el Año de la Alfabetización. Habíamos empezado entonces a ponerles nombres a los años. El anterior había sido el Año de la Reforma Agraria, y la verdad es que esa reorganización radical de la tenencia de la tierra y las tareas que de ella se iban derivando estaban todavía en pleno desarrollo cuando se anunció que ya estaba en marcha la campaña que haría a Cuba territorio libre de analfabetismo en un año. El INRA (Instituto Nacional de Reforma Agraria) formaba parte importante del nuevo vocabulario que aparecía en las conversaciones y las vallas.

A la vez, la defensa absorbía enormes energías. La velocidad de la organización de las milicias y el aprendizaje del nuevo armamento solo se comparaba con la escalada de las agresiones: en 1961 las bandas contrarrevolucionarias en las zonas montañosas de Las Villas y Oriente eran parte del “ablandamiento” previo a la invasión que, finalmente, se produjo en abril por un punto que los cubanos llamamos Girón y los norteamericanos Bahía de Cochinos.

Y todo eso sucedía en medio de una eclosión de entusiasmo. La campaña de Alfabetización fue un cauce abierto a esas ganas de participar, de tomar el barro del país y darle forma, de arremangarse y poner la mano en el arado.

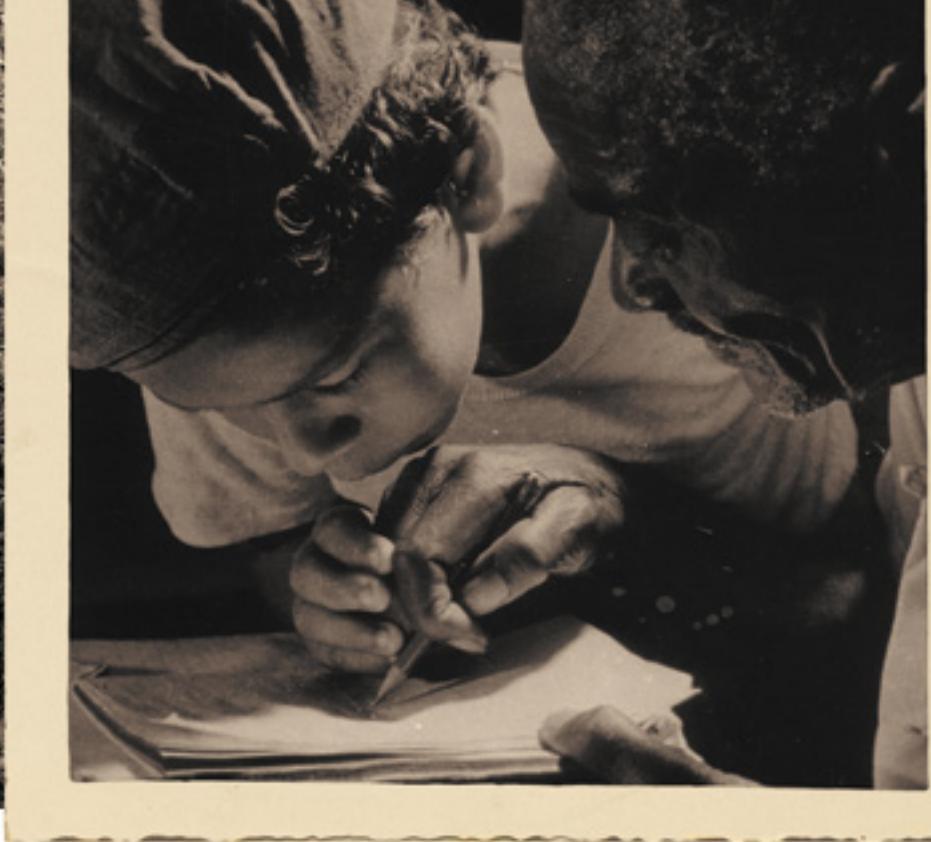
El país cambiaba a ojos vista, y ahora se convocaba a los jóvenes para efectuar una transformación que se sabía y se sentía trascendental: eliminar el analfabetismo crónico era una meta en sí, pero constituía también un símbolo del nuevo rumbo que podíamos darle al país con nuestro esfuerzo. Era un corte radical con el pasado. La alfabetización fue, sin embargo, varias cosas más.

At certain moments, history and time come together. That was the case in 1961, the Year of Literacy. We had just begun naming each year. The previous year was the Year of Agrarian Reform, and the INRA (National Institute of Agrarian Reform) was an important part of the new vocabulary that was popping up in conversation and on billboards. The radical reorganization of landholding and the tasks deriving from it were still in full swing when it was announced that a campaign was underway to make Cuba a territory free of illiteracy within a year.

Defense at that time absorbed enormous energy. The speed with which militias were organized and people were trained to use new armaments was comparable only with the escalation of aggression. In 1961 counterrevolutionary groups in the mountains of Las Villas and the Oriente were part of a “softening-up” phase prior to the invasion, which finally occurred in April in a place that we Cubans call Girón and that the US calls the Bay of Pigs.

All of this was happening amid an explosion of enthusiasm. The literacy campaign opened the way for the desire to participate, to take the clay of our country and shape it, to roll up our sleeves and put our shoulders to the wheel.

Our country was changing before our eyes, and now young people were being called to carry out a transformation that we knew and felt was transcendental: eliminating chronic illiteracy was a goal in and of itself, but it was also a symbol of the new direction we could give our country through our efforts. It was a radical break with the past, but it was also was several other things.



En primer lugar, el país dejó de mirar hacia afuera y se volvió sobre sí mismo. Cientos de miles de jóvenes de las zonas urbanas empezaron a aprender la Cuba profunda. Los bohíos y los palmares dejaron de ser fondos exóticos de películas guajiristas, y el Capitolio, el kilómetro cero de la imaginación nacional. Y, casi sin darnos cuenta, todos comenzamos a cambiar.

A quienes aprendían a escribir se les transformaban lentamente las manos, acostumbradas a la aspereza de la guataca y el machete, al asir la levedad del lápiz. A quienes aprendían a leer se les revelaba que no era lo mismo mirar al final del surco que a la página, y que necesitaban espejuelos, y los recibían. Para los educandos se abrían nuevos mundos que sus alfabetizadores les contaban.

Pero quienes más cambiaban eran los alfabetizadores. Aprendían de dónde viene el café que se habían tomado desde niños todas las mañanas, cómo se lava en los ríos, qué difícil de manejar es el hacha para tumbar un palo del monte. Y casi sin percatarse, aprendían otras cosas más sutiles que les durarían para toda la vida. La más importante es que aprendían a ser hombres y mujeres de otra manera.

Firstly, our country stopped looking to the outside and started looking within. Hundreds of thousands of young people from urban areas began to learn about the innermost Cuba. Palm-thatch huts and palm trees were no longer just exotic backdrops for movies about *campesinos*, and the Capitolio building was no longer the center of the national imagination. Almost without realizing it, we all began to change.

Accustomed to the roughness of the hoe and machete, the hands of those learning how to write slowly changed as they took up weightless pencils. Those learning how to read discovered that it was not the same to look at the end of a furrow as it was to look at the end of a page, and that they needed glasses. They received them. New worlds opened up for the pupils, imparted to them by their literacy teachers.

However, those who changed the most were the literacy teachers. They learned about the source of the coffee they had drunk every morning since they were children, how people wash clothes in the river, how hard it is to handle an ax and chop down a tree on the mountainside. And almost without realizing it, they learned about other, more subtle things that would last them a lifetime. Most importantly, they learned how to be different men and women.



Para las muchachas, claro, el cambio fue más tremendo: los modelos tradicionales de la mujer (subordinada a los deseos masculinos del padre y el marido, confinada al espacio y las labores domésticas) caían por tierra. Con tanteos y desde la práctica empezaban a construirse otros modelos que se nutrían de su obvia capacidad de hacer en condiciones de igualdad con los muchachos, de su fuerza y resistencia a las más adversas condiciones, de su decisión de no rajarse.

En realidad se derrumbaban muchas otras relaciones sociales al empuje de las nuevas experiencias: el amigo era el compañero que estaba a tu lado y compartía su lata de leche condensada, los proyectos de vida adquirían la dimensión colectiva. Hasta la moda se transformaban: las sayas “paraderas” y los tacones cedían su lugar a los pantalones de campaña, las botas, los collares de santajuanas. Era un nuevo concepto de la belleza que pregonaba el orgullo de empezar a ser hombres y mujeres de nuevo tipo.

For girls, of course, the change was more remarkable: the traditional models for being a woman (subordinate to the masculine desires of fathers and husbands, confined to domestic spaces and chores) were falling apart. Through trial and error and with practice, they began to construct other models nourished by their obvious ability to do things as equals with men, their strength and resistance in the most adverse circumstances, and their determination not to give up.

In reality, many other social relations also were being shattered in the momentum of all these new experiences: your friend was the comrade who was with you and shared his or her can of condensed milk; your plans for the future acquired a collective dimension. Even fashions were changing: hoop skirts and heels gave way to khakis, boots, and good-luck “Santa Juana” beads. It was a new concept of beauty that trumpeted pride in starting to be women and men of a new kind.

\*\*\*

Este libro se ha hecho con la memoria gráfica de quienes retrataron la Campaña de Alfabetización cubana de 1961 y la palabra de quienes participaron en ella. Tiene dos antecedentes: uno es el documental *Maestra*, que realizó Catherine Murphy, se estrenó en La Habana en diciembre de 2011 durante el Festival de Cine del 50 aniversario de la Campaña y después ha recorrido las cuatro esquinas del mundo. El otro es la mamá de Carlos Torres, que fue alfabetizadora y después maestra, para toda la vida.

A continuación, una muy somera información sobre los protagonistas de la campaña. Los alfabetizadores se agruparon en cuatro frentes fundamentales: los maestros voluntarios; la Brigada Conrado Benítez, integrada por muchachos muy jóvenes y adolescentes, en su mayoría estudiantes de zonas urbanas, que alfabetizaron en áreas rurales; la Brigada Patria o Muerte, de obreros; y los alfabetizadores populares, que trabajaron en áreas urbanas y cuyo núcleo fue un contingente de maestros y maestras en activo o jubilados que se incorporaron a la alfabetización.

Los maestros voluntarios —los pioneros de la alfabetización— se formaron en Minas del Frío, en la Sierra Maestra, desde 1960. Uno de ellos, Conrado Benítez, fue asesinado el 5 de enero de 1961 por bandas contrarrevolucionarias, y de él tomó su nombre la brigada de maestros adolescentes. Más tarde, entre febrero y diciembre, caerían otros alfabetizadores y alfabetizados: Pedro Miguel Morejón, Pedro Blanco, Modesto Serrano, Tomás Hormiga, Delfín Sen, José Galindo, Vicente Santana, Manuel Ascunce, Pedro Lantigua.

El 5 de noviembre, el municipio habanero de Melena del Sur se proclamó primer territorio libre de analfabetismo. Lo fueron siguiendo municipios y provincias de todo el país. El 16 de diciembre comenzaron a llegar a La Habana los primeros alfabetizadores que habían concluido su labor. El 22, en un acto multitudinario en la Plaza de la Revolución, se proclamó a Cuba territorio libre de analfabetismo.

This book was created from the graphic memory of those who photographed Cuba's 1961 Literacy Campaign and the words of those who participated in it. It has two sources: one is the documentary *Maestra*, directed by Catherine Murphy, which premiered in Havana in December 2011 during the Havana Film Festival, and has since been shown all over the world. The other is Carlos Torres' mother, who was a literacy volunteer and then a teacher for the rest of her life.

The following is a summary description of the campaign's protagonists.

The literacy teachers were divided into four main groups: volunteer teachers; the Conrado Benítez Brigade, made up of young people and teenagers, (mostly students from urban areas who then taught in rural areas); the *Patria o Muerte* Brigade, made up of workers; and active and retired teachers who worked in urban areas.

Beginning in 1960, the volunteer teachers —the literacy campaign's pioneers— were trained in Minas del Frío, in the Sierra Maestra mountains. One of them, Conrado Benítez, was murdered on January 5, 1961, by a counterrevolutionary group, and the brigade of teenage teachers was named after him. Subsequently, between February and December of 1961, other literacy teachers and their students perished in the same way: Pedro Miguel Morejón, Pedro Blanco, Modesto Serrano, Tomás Hormiga, Delfín Sen, José Galindo, Vicente Santana, Manuel Ascunce, Pedro Lantigua.

On November 5, the Havana municipality of Melena del Sur was proclaimed the first illiteracy-free zone. It was followed by municipalities and provinces nationwide. On December 16<sup>th</sup>, the first literacy teachers who had concluded their work began arriving in Havana. On the 22<sup>nd</sup>, in a massive rally in the Plaza of the Revolution, Cuba was proclaimed a territory free of illiteracy.



\*\*\*

Toda generación se merece una gesta. La de quienes tenían 12, 13, 15 años en 1961 la tuvo. Se midió con algo que parecía superarla y lo venció. Fueron parte de algo más grande que cada uno de ellos, y ya nunca se les olvidó que se puede.

A ellos, y a todos los que aprendieron a leer y a escribir en aquel tiempo tan denso, está dedicado este libro. Y también al Museo de la Alfabetización, que guarda modesta y amorosamente la memoria de la campaña, y que este año cumple medio siglo de fundado.

Every generation deserves a heroic achievement. The generation of those who were 12, 13 and 15 years old in 1961 had theirs. They took on something that seemed insurmountable, and they triumphed. They were part of something that was bigger than all of them, and they have never forgotten that it was possible.

It is to them, and to all who learned how to read and write during that very weighty time, that this book is dedicated. And also to the Museum of the Literacy Campaign, which modestly and lovingly stores and exhibits the memories of that campaign, and which celebrates its 50<sup>th</sup> anniversary this year.

